en el sofá EL MAGALLANES

Fecha: 04/05/2025 Audiencia: 9.000 Sección: REPORTAJE
Vpe: $1.416.529 Tirada: 3.000 Frecuencia: SEMANAL
Vpe pág: $1.600.000 Difusión: 3.000
Vpe portada: $1.600.000 Ocupación: 88,53%

A 80 años del naufragio de la fragata Lautaro: el recuerdo de un sobreviviente, suboficial mayor Guillermo Carvajal Molina

Por
Víctor Hernández
Sociedad de Escritores de Magallanes

Finalizamos el mes de abril e iniciamos el mes de mayo, que nos invita a celebrar las festividades relacionadas con los días del Patrimonio y también, con las Glorias Navales: la tradicional conmemoración de los combates de Iquique y Punta Gruesa en las épicas jornadas del 21 de mayo de 1879.

Y es que, en la extensa historia de Chile con su mar, existen innumerables hechos que han fusionado el destino de cientos de hombres embarcados en naves legendarias, que navegaron por todos los océanos del planeta y que después, terminaron sus días en Magallanes, sin olvidar a los buques en los que sirvieron a la Patria, convertidos en pontones o lo que es peor, desguazados en algún lejano astillero.

Nuestros grandes escritores, poetas y narradores, han descrito en varias obras literarias el histórico vínculo del pueblo chileno con el mar. Por citar sólo algunos nombres, Manuel Rojas con "Lanchas en la bahía", Francisco Coloane, con "El último grumete de la Baquedano", Juan Marín, en "Paralelo 53 Sur", Salvador Reyes, con "Valparaíso puerto de nostalgia", son obras que así lo atestiguan. Por lo demás, debemos tener presente que existe todo un tipo de literatura antártica, tal vez única en su género, producida principalmente por autores chilenos, cuyos nombres destacaron también en el campo diplomático, como Eugenio Orrego Vicuña, con "Terra Australis", Miguel Serrano, con "Quién llama en los hielos", Salvador Reyes, con "El continente de los hombres solos", sin omitir, por cierto a Francisco Coloane, quien se nos presenta en este escenario con las novelas, "Los conquistadores de la Antártida" y "El camino de la ballena".

Cada uno a su manera, ha descrito al marinero chileno a través de anécdotas o de episodios, en que, junto con resaltar el heroísmo y la soledad que caracterizan al hombre de mar, revelan, al mismo tiempo, una suerte de idiosincrasia nacional: Chile es un país esencialmente marítimo, pero hemos sido, nosotros mismos, -los chilenos-, los primeros en renegar y en renunciar, a profundizar en esa visión geopolítica que nos llevaría, a lo mejor, a lograr un cierto nivel de desarrollo socioeconómico y cultural. Al respecto, el Premio Nacional de Literatura (1943) y de Periodismo (1959) Joaquín Edwards Bello publicó numerosas crónicas plasmadas en libros y en los principales diarios capitalinos, en que señalaba la falta de mirada a largo plazo de nuestras autoridades. Esta crítica iba con independencia del color político. El laureado escritor chileno solía decir que si tomáramos lo mejor de Inglaterra, Japón y Holanda, países con escaso territorio y sin grandes recursos naturales, pero que convirtieron al mar en su principal aliado, Chile podría ser, con sus más de cuatro mil kilómetros de costas, una nación pujante y próspera.

La barca Priwall, donado por Alemania a Chile en 1941. La Armada Nacional la reacondicionó y le puso el nombre de fragata Lautaro. Sirvió como buque escuela para la formación de guardiamarinas y grumetes y también para el transporte de salitre. Se incendió y naufragó el 28 de febrero de 1945.

Un oasis en la ciudad

En más de una semblanza, hemos narrado que a principios de 2000 cuando se produjo nuestro retorno a Magallanes, hicimos del Círculo de Suboficiales en (r) de las Fuerzas Armadas Sargento Aldea, nuestro principal espacio de conversación y de lecturas. No debería extrañar que hayamos escogido un club social para nuestra labor de difusión literaria. En varias ocasiones, Maruja Scott, Eugenio Mimica y Silvestre Fugellie reconocieron que el bar Río Seco, atendido por la señora Susana Levinieri, fue una especie de cuartel general, biblioteca y centro de reunión de los primeros directorios de la Sociedad de Escritores de Magallanes. En ese lugar, se diseñó y elaboró el programa del ya mítico Segundo Encuentro Nacional de Escritores de Magallanes realizado en octubre de 1982, con la participación de sesenta literatos, la mayoría de ellos venidos del norte del país.

En la época a la que nos referimos, estaba de concesionaria en el Sargento Aldea, la señora Silvia Carrasco, la querida tía Silvia, como le decíamos, acompañada siempre de Noelia, quien oficiaba de garzona. A la tradicional cazuela de ave como plato de almuerzo de los jueves, se agregaban las pichangas, el sandwich de barros luco y el bistec a lo pobre, que se podían solicitar a cualquier hora del día en la semana, de lunes a sábado. Allí, entre el interminable humo de cigarrillo, el crujir de copas y vasos llenos con sus cañas de vino blanco y tinto, trabamos amistad con varios parroquianos que nos contaron sus historias de vida. Muchos de ellos habían pertenecido a alguna de las ramas de las Fuerzas Armadas, especialmente, a la marina de guerra.

Al caer la tarde, llegaban al club los escritores más jóvenes de aquél entonces: Pavel Oyarzún, Christian Formoso, Oscar Barrientos, Niki Kuscevic. A veces nos acompañaban Dinko Pavlov, Aristóteles España, el dibujante Juan Carlos Muñoz Alegría, (Chico Alegría). De vez en cuando aparecían unas escritoras jóvenes que con los años, entraron a estudiar a la universidad, pero que, luego, las perdimos de vista. También llegaban algunas amigas que conocíamos en algunos clubes nocturnos y que hacían más llevadera la discusión literaria. En la noche se dejaba ver Fernando Vargas Cárcamo, un reconocido fotógrafo que conocía a casi todas las chicas que trabajaban en la bohemia puntarenense y que solía retratarnos en medio del jolgorio del vino y de la amistad.

A la izquierda, suboficial mayor de la Armada de Chile, Guillermo Carvajal Molina, a la derecha, Pedro Bahamonde, inseparable compañero de don Willy en el truco. Al centro, el autor de estas líneas, Víctor Hernández. Fotografía tomada por Fernando Vargas Cárcamo en la Sociedad de Empleados.

Los lunes, miércoles y viernes en las mañanas, era común encontrar en torno a una gran mesa de madera a los escritores más avezados, Marino Muñoz Lagos y Silvestre Fugellie, rodeados de algunas botellas de vino blanco y de copitas de ginebra, con los inseparables amigos, Reinaldo Leiva Sillard que había publicado un libro sobre la historia de Lan Chile y el natalino Humberto Cárcamo, "Carcamito", quien escribía sus versos en papel de cuaderno e imprimía sus manuscritos o bien fotocopiaba cada una de las hojas, adosando a ellos, una improvisada tapa de cartón.

Por esos años, la diferencia generacional entre los literatos todavía resultaba una barrera infranqueable a la hora de establecer relaciones amistosas. Los más jóvenes no se juntaban con los más antiguos; éstos últimos, solían conversar de temas que parecían inalcanzables para nosotros, más aún, cuando el motivo era relatar acerca del antiguo Magallanes, repleto de historias fabulosas y de una bohemia poco menos que de ensueño, donde ellos eran casi siempre, los principales protagonistas. A veces se les arrimaba el profesor, exregidor, exsenador y exconcejal, Luis Godoy Gómez. A la hora del almuerzo, Silvestre Fugellie le gustaba encender su pipa, entonces, el aroma del tabaco inglés que se podía oler desde la calle, se hacía más intenso cuando subíamos las escaleras para ingresar al casino.

Un exsuboficial de la Armada

Algo que nos llamaba la atención era el profundo respeto que se daba entre los comensales. Se trataba de gente mayor, que se conocía de tiempo antes. En las mesas, a la hora del crepúsculo, comenzaban los primeros escarceos con las piezas de dominó, después continuaban las cartas; a veces, en la barra se escuchaba el crepitar de los dados. Lo que sí estaba muy claro, es que había especialistas en cada uno de los juegos. Por lo general se competía en parejas. Los truqueros hablaban de hacer un cuarto, un sexteto. Alrededor de las diez de la noche, cuando se disputaban los partidos de

dominó con las competencias de truco que concluían habitualmente en la madrugada, en el salón principal sólo se escuchaban los códigos y las expresiones de alegría o de rabia de los participantes.

Entre todos los jugadores destacaba un hombre anciano, cercano a los ochenta años, muy delgado, que invariablemente aparecía en los comedores a eso de las siete de la tarde. Se llamaba Guillermo Carvajal Molina (16/IV/1924-14/VII/2006). Era suboficial mayor en retiro de la Armada Nacional. Para muchos que le ubicaban, su presencia era todo un acontecimiento. Con el tiempo nos dimos cuenta que su llegada al bar tenía un alto grado de simbolismo; significaba para los concesionarios el comienzo de la jornada de la tarde, el imán para que aparecieran los infaltables noctámbulos.

Carvajal fumaba en promedio una cajetilla de cigarrillos al día. Su voz era áspera y gruesa. Cuando entraba en confianza con alguien solía decirle: ¿Cómo estás viejo lobo de mar? Los marinos retirados lo trataban con sumo respeto; en ocasiones se cuadraban ante él y lo saludaban con frases como: ¿Cómo está mi suboficial? ¿Cómo se encuentra don Willy, tanto tiempo? expresiones que sonaban a cierta deferencia.

Con fama de ser hombre de la noche, repleto de contradicciones, don Willy era selectivo con sus amistades. Aunque pinochetista de corazón y admirador en secreto de Adolf Hitler y de la causa nazi, en la vida real la mayoría de sus amigos eran socialistas y comunistas, lo que siempre motivaba las burlas de sus más cercanos, sobre todo cuando empezaban los partidos de dominó. Pese a su avanzada edad, don Willy era el terror del juego. Especialista en el dominó, casi siempre triunfaba en los partidos, no importaba quien fuera el contendiente. Después se entretenía en el truco, y si bien, los resultados por lo general le eran favorables, en gran medida se debía a la experiencia y la pericia de su amigo Pedro Bahamonde.

Para celebrar la amistad, como solía decir a sus más cercanos, don Willy organizaba todos los meses una cena que se realizaba habitualmente, en los comedores o en el quincho del Sargento Aldea, adonde acudían veinte o más amigos, la mayoría del grupo de jugadores. En el transcurso de la comida, en medio del brindis, se recordaban anécdotas de antiguos bares y cantinas, atendidos por sus dueños, que conocían hasta el horario de cada uno de sus clientes.

Como buen ciudadano de Valparaíso, don Willy era un wanderino de tomo y lomo. Un domingo de primavera de 2001, recibimos una llamada desde la Sociedad de Empleados donde se nos convidaba a ver el partido del elenco caturro. En la barra del local que se encontraba casi vacía, estaba nuestro amigo inusualmente feliz, porque su sufrido equipo, se proclamaba campeón del fútbol chileno después de treinta y tres años.

Esa noche, don Willy nos habló de su familia, de su esposa, de sus amoríos por diversos puertos del mundo. Tenía dos hijos, el mayor, era capitán de navío, el otro, psicólogo. En su juventud había sobrevivido a un gran naufragio en las costas del Perú. Ya antes, nos había revelado una historia dramática, que en su momento tuvo muy poca cobertura periodística. El buque en el que navegaba, la fragata Lautaro, se había hundido a causa de una gran explosión, lo que ocasionó numerosas víctimas fatales, un 28 de febrero de 1945. Después del accidente fue reasignado a otras unidades, incluido el famoso acorazado Almirante Latorre. A Magallanes había llegado destinado para servir en la dirección de aprovisionamiento de la Armada. Allí se había jubilado de la institución.

Celebración de la amistad en casa del amigo Acuña. De pie, de izquierda a derecha: Ojeda, Leal, Carvajal (don Willy), Kuscevic, y un amigo. En cuclillas, Tapia, Acuña, Bahamonde. Fotografía de 2001.

Dibujo de la fragata Lautaro publicado en el libro "Historia Naval de Chile" tomo II de Tomás Schlack Casacuberta, que señala la llegada del buque escuela chileno a San Francisco, Estados Unidos.

La fragata Lautaro

El 23 de mayo de 1941, en plena Segunda Guerra Mundial, la Alemania de Hitler había donado al gobierno chileno encabezado por Pedro Aguirre Cerda, el velero llamado Priwall de 6.668 toneladas que se hallaba al ancla en Valparaíso, desde antes que comenzara la contienda. En ese momento histórico, Chile mantenía aún su neutralidad en el conflicto, lo que le permitía sostener relaciones diplomáticas tanto con los países del bando aliado, como con las potencias del Eje.

El buque fue transferido a la Armada Nacional. Allí le designaron el nombre de fragata Lautaro. De inmediato se le encomendó para cumplir con dos objetivos: además de transportar salitre y distintos minerales al extranjero, y ante la falta de una nave adecuada, se resolvió que sirviera como buque escuela y de instrucción práctica de guardiamarinas y de grumetes.

El gobierno de Chile decidió enviar a la Lautaro en los últimos meses de 1941 a los Estados Unidos, para que completara su reacondicionamiento. El buque llegó al puerto de San Francisco en California, el domingo 7 de diciembre. Durante la travesía, la tripulación se enteró del deceso del Presidente Aguirre Cerda. No imaginaban que a las pocas horas de haber atracado a uno de los muelles se desataría la gran tragedia que significó el ataque sorpresa del Japón a la base estadounidense de Pearl Harbor. Por la radio escucharon el discurso del presidente Roosevelt que catalogó el hecho como el "Día de la Infamia".

Don Willy era uno de los miembros de la tripulación de la Lautaro. Mientras se le instalaban a la fragata dos potentes motores diésel, en San Francisco quedaron establecidos cerca de un año; allí pudieron observar el inmenso esfuerzo industrial de Estados Unidos. Las grandes corporaciones del acero, del petróleo, los fabricantes de automóviles, todos se abocaron al rearme militar de la nación. Cuando retornaron a Chile, japoneses y norteamericanos libraban ya, feroces combates navales en el Océano Pacífico.

La fragata Lautaro había totalizado cuatro viajes a México y Estados Unidos, en sucesivos viajes de instrucción y transportando cargas de salitre. Cuando se dirigía por quinta vez a San Francisco, al mando del capitán de navío Alejandro Salinas San Román, una chispa en las calderas, produjo un incendio seguido de una fuerte explosión que mató a veinte hombres: el segundo comandante, capitán de corbeta Enrique García González; los tenientes 2° Rolando Froeden Trevor y Jorge Navarro Serrano; guardiamarinas, Luis Barahona, Roberto Paul, Mario Ossandón, Roberto Ugarte; suboficial Belarmino Cárdenas; cabos Ernesto Lange, Alberto Rojas, Jorge Gallardo; marineros Luis Márquez, Rudilberto García, Alex Cornejo, Rigoberto Tapia y Tomás Basáez; grumetes Gustavo Parra, Manuel Arbulú, Luis Avendaño y Luis Campillay.

Conocida la tragedia, el gobierno de Chile envió al rescate de los sobrevivientes al buque madre de submarinos Araucano. La armada argentina comisionó al vapor Río Jachal que navegaba por el Pacífico y el Perú desplazó tal transporte Ucayali quien, finalmente, fue el primero en llegar al lugar del siniestro, en tanto, los náufragos -entre ellos Guillermo Carvajal- durante 36 horas resistieron las fuerzas del oleaje en los pequeños botes salvavidas, muchos de ellos heridos y enfermos.

Sofocado el incendio, el Ucayali remolcó a la Lautaro hasta el puerto peruano de El Callao, pero, el 8 de marzo, el casco del malogrado buque empezó a hacer agua y el resto de las estructuras calcinadas colapsaron, lo que obligó a cortar el remolque. La fragata fue devorada por las olas en pocos minutos. Los náufragos fueron desembarcados en El Callao, donde fueron tratados y atendidos durante varios días, hasta que el Araucano embarcó a los sobrevivientes y veinte féretros, con los restos de los marinos fallecidos.

El 17 de marzo de 1945, después de una emotiva ceremonia de despedida en la Plaza Sotomayor de Valparaíso, que tuvo la presencia del Presidente de la República Juan Antonio Ríos Morales, de ministros de Estado, miembros del cuerpo diplomático y delegaciones de Argentina y Perú, los infortunados marineros de la fragata Lautaro, fueron sepultados en el cementerio del puerto.

Por más de cuarenta años Guillermo Carvajal Molina, don Willy, el amigo de sus amigos, hizo de Punta Arenas su patria adoptiva y del Sargento Aldea, su morada. Su inveterado hábito de beber y de fumar, los excesos, fueron menguando su salud, hasta que un nevado día 14 de julio de 2006, nos enteramos de su partida.

Su hijo mayor y sus amigos más cercanos lo despedimos con una sencilla y emotiva ceremonia en el Cementerio Municipal Sara Braun.